



Diario de duelo (fragmento), de Yolanda Prieto

Lunes, 22 de abril 2024

He vuelto a la biblioteca, pero llevo casi media hora intentando retomar este diario de duelo y no sé por dónde empezar. Del jueves a hoy, tantas cosas han sucedido... He descorchado dos botellas de vino (el viernes compartí una con una amiga). Un Ribera del Duero potente ahora reposa en la nevera después de que otra amiga y yo, tras degustar un par de copas, pidiéramos un Uber y nos fuéramos a una fiesta.

Era una fiesta de pelucas. Me quedé hasta el final. Charlando en la cocina. Hasta las tres de la mañana. Tal y como hubiera hecho mi “difunto marido”. Qué extraña suena esa palabra: “difunto”. Y quizás escribir “marido” también sea extraño. Por cierto, las botellas de vino también son o eran tuyas (qué lío, no sé si emplear el presente o el pasado). Me las trajeron del despacho junto con el resto de sus objetos personales.

Aún llevo en mi mano derecha la alianza de boda, ahora mientras escribo con un bolígrafo de color rosa. Resulta que alguien tuvo la ocurrencia de grabar sobre ese fondo una frase en alemán que dice:

“Ich mache das schon - nur halt nicht jetzt”

Sí, me quitaré la alianza, pero no ahora.

Aunque debo ser honesta. Para ir a la fiesta de pelucas me la quité y la dejé junto a la de mi difunto marido (de nuevo no me gusta en absoluto llamarle así). Porque abandonar el anillo matrimonial en casa no es un mensaje al mundo exterior, sino un mensaje a mi mundo interior. Pero dejando las sutilezas a un lado, cuando ya tenía la peluca puesta y la chaqueta de lentejuelas de maga, me quité el anillo porque en algún momento debo enfrentar la realidad... No estoy centrada ahora mismo. Es la hora de la siesta y me ha venido la modorra.

¿Qué he hecho desde el jueves? Hornear un bizcocho de nueces, preparar una tortilla de patata (para la fiesta de pelucas), conducir ayer hasta Butzbach, cuarenta y cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Y llamar por teléfono tres días seguidos a mi padre, quien tuvo que ser ingresado de urgencia en el hospital de Valdecilla en Santander, tras sufrir un desmayo, acompañado de vómitos y escalofríos. Pero ya está en casa. Pasado mañana cumple ochenta y ocho años.

¿Qué más?

Ayer comí mucho chocolate.

Creo que voy a dejar de lado este diario, pues solo consigo divagar sobre si quitarme o no la alianza cuando salgo de casa o cuando estoy en casa, cuando voy a bailar a una fiesta donde no conozco a nadie excepto a la amiga que me acompaña, a quien, como buena inglesa, le encanta el vino tinto de mi marido que es bastante fuerte. En fin, estoy pensando en un anillo que me ha acompañado durante más de veintitrés años y que celebrará los veinticuatro este verano.

Hice bien en dejar la alianza en casa. No pegaba nada con la peluca con flequillo y media melena de color blanco. Por suerte, se me ocurrió cepillarla y luego pasarle un poco las planchas, y quedó estupenda. La peluca era blanca, tirando a plateada, la chaqueta de maga tenía lentejuelas también plateadas. El anillo no encajaba de ninguna manera.

Llevo varios párrafos atascada... El anillo, mi anillo, los anillos... Hay mucho que contar al respecto.

Recuerdo aquella tarde en la unidad de cuidados intensivos de la *Uniklinik* de Frankfurt. Entrelacé sus manos y fue entonces cuando me di cuenta de que le habían quitado la alianza. En un papel escribí ¿Dónde está el anillo? y se lo coloqué delante de la cara, que estaba prácticamente cubierta por una mascarilla de oxígeno. Con gestos, me indicó que preguntara a la enfermera. En la planta de cardiología recogí sus objetos de valor. La enfermera había dicho que estaban guardados bajo llave arriba, y efectivamente habían metido su móvil y el estuche con sus gafas de ver en una bolsa de plástico (similar a la de los congelados) y la habían precintado. Me hicieron firmar un documento al recoger la bolsa. Regresé a la planta de cuidados intensivos, y abrir el estuche frente a Heiner, me encontré con su alianza, que casi se cae al suelo. Me sorprendió que estuviera ahí.

Y evoco ahora otro momento cuando le pregunté si prefería que me llevara la alianza a casa, para que no se perdiese en el hospital. Fue una oferta. Si Heiner lo deseaba, me la llevaría conmigo para guardarla. Pero mi marido fue tajante. Desde la cama, con gestos de su rostro y mano, me dijo: “No, no, pónmela, por favor”. Extendió la mano y, por segunda vez, deslicé el anillo de matrimonio en su dedo. Quería que médicos y enfermeros lo vieran. No sé si pensó en el final. No sé si consideró que, de ser el final, deseaba partir con la alianza en su dedo.

El otro día estaba en la sauna y pensé en la alianza. Pensé en que quitármela era... no supe contestar o seguir reflexionando sobre lo que significaba para mí porque los ojos se me llenaron de lágrimas. Mi psicóloga, de origen argentino y apellido judío (según me ha informado un amigo argentino de Rosario que vive en Darmstadt) opina que es demasiado pronto, dado que mi marido falleció en diciembre y ahora estamos en abril. Pero no sé que habría hecho mi terapeuta si a ella, una conocida que ha crecido en Milán, de padre napolitano, que planea comprar una casa en Alicante para la jubilación, la hubiera invitado a una fiesta de pelucas.

Acabo de mirar el reloj. Ya son las seis de la tarde. En cuarenta minutos empieza una clase de aqua fit en el gimnasio, que queda un poco lejos de la biblioteca... y... no hago más que desvariar. Me marchó. Nota para más adelante: Describir la fiesta y contar cómo, a medida que avanzaba la noche y se bailaba más y más, los invitados se iban despojando de las pelucas.